

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXII - Julio-Agosto de 1955 - Núm. 361-362

Puntos de vista

Thomás Mann

*A*CABA de fallecer uno de los más grandes escritores contemporáneos. En sus novelas y cuentos, en sus discursos y ensayos ha ido mostrando el anverso y reverso de la humana condición.

En Alemania los portavoces del naturalismo habían sido Hauptman y Holz. Pero bien pronto, encienden sus antorchas los grandes poetas líricos. Rainer María Rilke y Stefan George inician la revisión de los valores nacionales. Aceptan el naturalismo como un hecho histórico, pero disparan sus dardos más allá de sus limitadas fronteras. Al crear obras de gran perfección, sientan las bases de un nuevo edificio espiritual. Y en este ambiente va creciendo una nueva generación. De ella, uno de los nombres máximos es el de Thomas Mann, su sensibilidad enriquecida con los más sutiles valores humanos y estéticos.

Thomas Mann nació en la antigua ciudad libre y hanseática de Luebeck, cuna de navegantes atrevidos, de comerciantes emprendedores, de heroicos almirantes. Se ha dicho que si bien el escritor abandonó la ciu-

dad paterna cuando era tan solo un adolescente, conservó grabado en su espíritu un instinto de belleza, ciertas imborrables vivencias sugeridas por aquellos paisajes, por tantos y diversos monumentos de arte.

Su éxito como novelista hubo de cimentarse con su primera gran novela, con "Los Buddenbrook", singular historia de la degeneración de una familia. Fueron después otros libros, "Su Alteza Real", "La Montaña Mágica", una colección de "nouvelles", de cuentos breves, de historias bíblicas con un fondo entre amoroso y erótico. Y como saltando de unas páginas a otras, la rica gama de sus personajes fué delineando sus concepciones del hombre y del vivir. Sin duda, podrán olvidarse los hilos anecdóticos de sus libros, pero sus protagonistas, de raigambre simbólica, están vivos, son tipos de ciudadanos que viven su felicidad y su agonía en determinadas partes del mundo, que hacen alarde de realismo y de un humor empapado de amargas esencias. La significación de Thomas Mann está en su credo estético y filosófico que fué entregando a sus personajes, entre el paramento formal de una lengua, encuadrada con rigor, sometida a un ritmo de sutiles armonías.

Hoffmann había dicho: "Cuando la naturaleza produce algo bello, el diablo se lo apropia, colocando su cola encima".

He ahí una especie de fatalismo que planea por encima de la voluntad de los hombres. Por eso, los personajes de carne y hueso saben que muchos de sus de-

seos no son realizables, que sus ilusiones son mortales cuando tropiezan con sus propios instintos. Sólo cabe, entonces, tratar de encontrarse a sí mismo, viviendo la experiencia vital del solitario.

He aquí algunos ejemplos, espigados de su obra monumental.

El señor Friedeman es un hombre raquíutico. Pero ha logrado hacerse una vida ideal entre la música, el teatro, los libros y sus actividades de comerciante. De una manera consciente había renunciado a la felicidad del amor. Pero he ahí que el canto de un pájaro, el aroma de una flor, el embrujo de un parque le llevan hasta las primeras estribaciones sentimentales de una mujer arrogante, hermosa como un sueño imposible. Cuando el hombrecillo escucha una carcajada de desprecio y observa un gesto de asco, sabe que su castillo interior se ha trizado para siempre. Y al no poder refugiarse de nuevo en su soledad, se suicida.

Otro personaje es un símbolo de la eterna ilusión. Un hombre que ha conocido la vida por la lectura de los poemas. De esta forma se ha construido una ideal concepción del universo. Al poner su mundo frente al existir concreto comprende que la realidad es inferior a la más insignificante islilla, surgida en los países del sueño.

Thomas Mann ha puesto en boca de sus personajes los anhelos de un grupo de seres: "Nosotros, los solitarios, los soñadores y los desheredados de la vida, que pasamos nuestros días en medio de las sutilezas de un

país artificial y helado, tenemos un anhelo inconfesado y trágico, necesitamos un poco de amistad, de cariño y felicidad humana”.

Con frecuencia desfilan por sus páginas los seres antirrománticos, individuos esencialmente viscerales que, para oficiar los ritos del amor, recaban la presencia y la entrega de mujeres bellas y deportivas. Son hombres que viven al margen de los grandes valores de la vida, “que compran y acaparan las joyas y las obras de arte sin comprenderlas ni amarlas”.

El escritor alemán, haciendo alarde de un fino humor, creó sus criaturas, exhibiendo sus perfiles anímicos fundamentales, quiso establecer el contraste entre dos mundos, entre dos maneras de interpretar la ineludible tarea de estar en el mundo.

En una obra de juventud, “Confesiones del estafador Félix Krull”, se inicia la primera versión de su extensa galería de personajes.

Félix Krull ama las realidades de la vida. Su cosmos sentimental se formó por las vías de la sensualidad, de las sensaciones concretas. En más de una ocasión declara que “es dueño de su propia vida, mientras todos los otros, hasta los mismos burgueses felices, son esclavos de alguna ilusión, de algún convencionalismo”.

Pero después, escribe su autobiografía. Quiere mostrarse de quienes tienen sed de ilusiones. Y sin esperarlo se enreda en su limitación espiritual, sabe que por sus dominios interiores yace, encadenada, la terrible soledad.

Con razón se ha dicho que Thomas Mann fué durante muchos años el novelista romántico de las neurastenias irreales.

“La Montaña Mágica” ha sido su novela más difundida. Su protagonista es un hombre que goza entre los dolores de una imaginaria enfermedad. Vive en un sanatorio, un médico condescendiente le inventa y crea enfermedades, le hace vivir al margen de la realidad. Es necesario que estalle la guerra para que la silueta fantástica del neurasténico cruce los campos de batalla, como un pelele que posa los pies en la tierra firme.

Ahora bien, en su serie de novelas bíblicas se da intensamente la dualidad de estímulos que mueven a los hombres. Las andanzas de José, sus posibles amores con la esposa de Putifar nos van entregando la cifra de un alma, los múltiples resortes de la humana condición. El sensualismo desbordante de la mujer se ve refrenado por la riqueza espiritual del varón. He ahí dos mundos, dos dimensiones del ser, realismo y espiritualidad equilibrando la balanza del vivir.

Sería un error pensar que la literatura de Thomas Mann fué voluntariamente normativa, orientada hacia finalidades preconcebidas. Sin embargo, al novelar las múltiples complejidades humanas se inclinó hacia los ámbitos del espíritu, destacó el galope platónico de los dos caballos que discurren por el alma, afirmando que en la base de toda ensoñación hay un delicado anhelo de realidad.

Personajes viscerales, hombres capaces de vivir en los campos que se esfuman más allá de la razón, neurasténicos, románticos que saben el lenguaje de las flores y de los pájaros, todo un cosmos vital vibrando en anhelos, queriendo ser ellos mismos y sentirse vivos en el ancho mundo.

Un punto de vista sobre Thomas Mann quiere destacar la evolución filosófica del escritor, siendo pesimista y contemplativo en sus primeras obras, llegó a sentirse combativo y optimista.